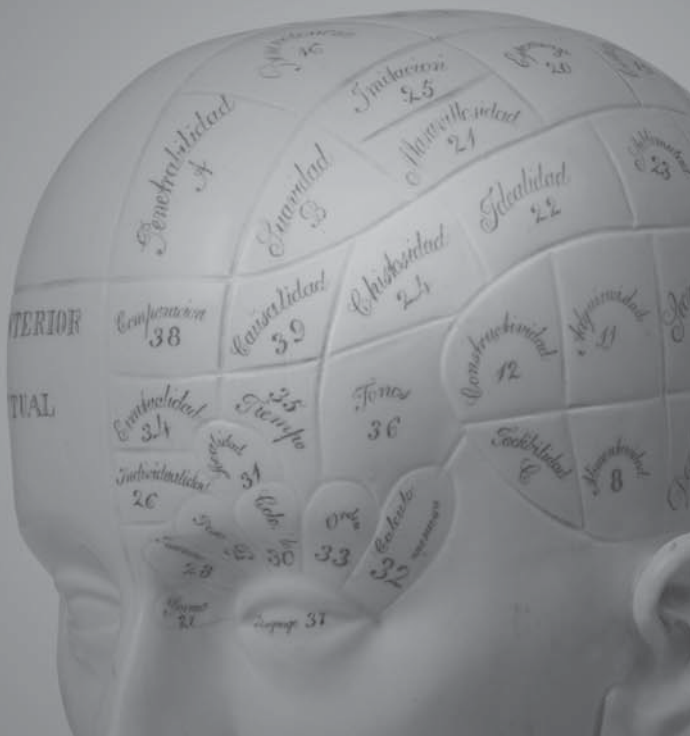
Los textos de la exposición



Joaquín Costa: el fabricante de ideas

Ignacio Peiró Martín

Los hombres de letras del diecinueve creyeron firmemente en la fuerza de las ideas. Su confianza en los principios de la individualidad, la razón y el progreso les sirvió para construir su personalidad y dotar de sentido a sus vidas. Creyéndose los nuevos héroes de la sociedad, mezclaron sus voluntades privadas con los sentimientos patrióticos colectivos. Lo hicieron así con el propósito ciudadano de hacer cultura y ponerse al servicio de las naciones. Pero no sólo eso. En una Europa donde se pasaba del campo al taller y la fábrica, las ideas se transformaban en ideologías y los pensamientos en culturas políticas.

En la España de aquel tiempo desarrolló su actividad Joaquín Costa y Martínez, el sabio aragonés a quien esta exposición rinde homenaje. Figura polifacética (jurista, escritor público, erudito, periodista, pedagogo...), fue un intelectual a la manera del siglo XIX y un político sin partido que quiso regenerar España. Fue un destacado pensador, un hombre de acción y de carácter. Una «gran cabeza» cuyas ideas transcendieron el tiempo de su existencia y han llegado hasta la actualidad.

01 El sentido del paisaje

La educación de la mirada. El sentido del paisaje

Desde principios del siglo XIX, los geógrafos y escritores formularon la idea de que el paisaje era la expresión visible de un orden natural que comprendía al hombre. Establecieron que las estrechas relaciones existentes entre los hombres y los paisajes, además de influir en la individualidad, mostraban una importante dimensión colectiva. De ese modo, no sólo las formas de ser y de pensar de las personas quedaron vinculadas al sentimiento de la tierra, sino que era la misma historia de las naciones la que mantenían nexos continuos con sus paisajes.

El carácter profundamente aragonés de Joaquín Costa se construyó en su relación con el paisaje donde nació y la tradición de su familia. En 1867, «la importancia de otro lugar» le decidió a escapar a su «natural» condición campesina para estudiar en Madrid. Su sentido del paisaje se hizo nacional y adoptó desarrollos diferentes relacionados con su aprendizaje intelectual (la *razón armónica* de Giner y el excursionismo de la Institución Libre de Enseñanza). También, al mirar hacia otros continentes (África o Europa). Y, en último término, por el vitalismo de sus reacciones ante la catarata de acontecimientos que se sucedieron en la España del *Desastre* y la *regeneración*.

02 El sentido del paisaje

El entorno aragonés

A finales del XIX se consolidó la dualidad espacial que determinó la construcción del Aragón contemporáneo: por un lado, Zaragoza, ciudad industrial y moderna, nudo de comunicaciones que centraliza la población, monopoliza las instituciones culturales y la prensa. Y, por otro, el resto del territorio, agrario, con dos pequeñas capitales, unos cuantos pueblos grandes y una mayoría de poblaciones que iniciaban un imparable proceso de despoblación.

Costa construyó su personalidad en su relación genealógica con las tierras aragonesas de la Ribagorza. Sintió admiración por su padre (*El Cid*) como cabeza de una familia que nunca «es una unidad sin relación, aislada en medio de la sociedad y el mundo». En sus *Memorias* pensó su descendencia y reflexionó sobre la función de las «familias matrices» que «encarnan las tradiciones y el espíritu de la nacionalidad, representan la salud del cuerpo social».

Montañés de provincias residente en Madrid, las relaciones de Costa con Zaragoza se movieron siempre en la ambivalencia del rechazo absoluto y la aceptación incondicional. La ciudad que se había apropiado de la capitalidad de Aragón, sólo le rindió tributo unánime de admiración al morir. El multitudinario entierro ciudadano le abrió las puertas de la posteridad, la leyenda y la historia.

03 La educación de la mirada

Madrid: nuevas geografías y sentimientos

Nacido en los arrabales de las provincias, Joaquín Costa despertó a la realidad de los «otros lugares» al ser pensionado como obrero-artesano en el Pabellón de España en la Exposición Universal de París (marzo-noviembre de 1867). A su regreso, resolvió ser escritor y supo de la importancia de «encontrar la puerta de entrada» a Madrid. La metrópoli académica convertida por varias generaciones de políticos y literatos, profesores y estudiantes oriundos de las regiones («proletariado de levita»), en el símbolo cultural de la unicidad española y en el gran «Banco Central» para el cambio e intercambio de favores.

Una nueva geografía urbana de la educación se desplegó ante sus ojos. En su aprendizaje, descubrió la forma especial de *sentir* que proporciona el magisterio intelectual, las voces y las caras de la amistad en los entornos culturales. La naturaleza se hizo estética, paisaje y armonía. Las salidas al campo se convirtieron en un programa de aventuras «naturales», excursiones regidas por el pensamiento y el sentido racional de los sentidos.

En su compleja personalidad construida sobre el universo aragonés, la vida en Madrid cambió la mirada de Costa. Pronto, su sentido del paisaje se hizo nacional. Y, en adelante, la capital de España fue su centro sentimental. Una plataforma para pensar la política y la regeneración del campo.

04 El sentido del paisaje

España fin de siglo

Sin dejar de mirar hacia África, la modernidad que se anuncia tras el *Desastre* supuso, entre otras expectativas, la ampliación de los horizontes geográficos de los reformistas españoles. Sus propuestas de r*egeneración* se perfilaron desde la vocación europea y el deseo de salvar la frontera pirenaica.

De la tensión entre modernización y nacionalización, apareció un nacionalismo estético que debía más al paisaje que a la historia. Tratando de borrar la invención de la *España negra* y miserable, se buscó el diálogo de la verdadera *alma* española con sus inseparables *almas* regionales. Y así, convertida en la palabra clave de la época, el *alma* fue el objeto de atención de los literatos y los músicos, de los fotógrafos y los pintores, cuyas descripciones, sonidos, colores y miradas intentaban ir más allá del pergeño físico para retratar los ambientes y las conciencias del paisaje nacional.

05 Profetas del saber

Profetas del saber, sacerdotes de la ciencia

Héroes modernos, profetas o sacerdotes civiles de la búsqueda de la verdad y la ciencia, en el Ochocientos una élite de estudiosos, individualistas militantes, ampliaron el sentido de la *vocación* para otorgar un nuevo significado al trabajo de quienes vivían del talento, de la pluma y la palabra.

Después de sus primeros pasos educativos en Huesca, Costa recibió la ayuda protectora de su tío Salamero y el apoyo inicial de algunos «paisanos» como Carderera para estudiar en Madrid. Pronto, su peripecia de formación pasó por la Universidad Central y por el estímulo para el conocimiento que significó la relación de magisterio establecida con Francisco Giner de los Ríos, su integración en los círculos krausistas y la Institución Libre de Enseñanza. Convencido de que el «libre desarrollo de uno mismo», dependía del esfuerzo de la voluntad, el aprendizaje intelectual y el ejemplo de vida, se esforzó por llevar a la práctica sus principios. Los contemporáneos le consideraron un profeta moral y social más que un jurista, un historiador, un sociólogo, un escritor o un político.

06 Profetas del saber

Prometeo intelectual: facetas de una personalidad creadora

Hombre de una curiosidad sin límites, desde el primer momento, sintió la necesidad de crear y dar a conocer sus ideas sobre una multiplicidad de temas. Cultivó los más diversos géneros, utilizó todos los medios y, con el apoyo de los círculos krausistas, se convirtió en un animador de las instituciones, congresos científicos y espacios de la cultura oficial de la Restauración.

Con una profunda vocación universitaria, no pudo cumplir su sueño de ser catedrático. Por otra parte, tratándose de un autor prolífico, nunca alcanzó el reconocimiento de un escritor de éxito. Sin embargo, su voluntad de saber y su esfuerzo le convirtieron en un personaje célebre y popular. Novelista, erudito historiador y filólogo de renombre, por encima de cualquier otra faceta, destacó por ser un jurista dedicado al estudio del derecho consuetudinario, las cuestiones agrarias o las informaciones de índole sociológica sobre los problemas político-sociales de la España finisecular.

Ateneísta famoso y orador admirado, alcanzó la gloria de la República de las Letras al ser elegido miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas (máxima representación institucional del grupo de saberes burgueses que conformaron la base de la cultura política del liberalismo decimonónico).

Fue un sabio, un gran soñador y un visionario.

07 Cultura política

Cultura política: República y regeneración de España

El discurso adquirido e ideológicamente compartido que define la cultura política de Costa experimentó un proceso de formación paralelo al de su aprendizaje intelectual. Su desarrollo arranca desde percepciones cercanas al tradicionalismo carlista y evoluciona hasta un complejo sistema de normas y valores de vida, aptitudes ciudadanas y representaciones ideológicas conectadas con los ideales de la humanidad de la filosofía krausista, los principios económicos liberales y las ideas políticas republicanas. Fue un liberal reformista. Y todo ello desde una visión historicista de España como nación (originada a partir de la Guerra de la Independencia) y de la nacionalidad ibérica.

Patriota de corazón y sentimiento, pensó la «Nación española» de «Estados» unidos por la «común condición nacional creada por la misma Península y por su historia», porque: «si el morador del Oriente se llama valenciano ó catalán ó aragonés y el de Occidente portugués ó gallego, y el del centro castellano y andaluz el del Mediodía, todos nos apellidamos iberos, de la Iberia, hispanos, de la Hispania». Y pensó Aragón desde el derecho consuetudinario y el conocimiento «interno» de la historia del Viejo Reino, legendaria y medieval.

Con estas ideas quiso regenerar España.

08 Cultura política

Tiempo de caciques

En una época de «cirujanos» reformistas, Joaquín Costa fue el más radical e influyente en sus críticas de la clase política y el sistema de la Restauración. En sus procesos culpatorios denunció la ineficacia constitucional del «poder moderador»: el Rey, dirá, «es una ficción» y la constitución real de España no era la monarquía constitucional, sino un cacicato oligárquico. El Parlamento no era otra cosa que una «feria de las vanidades..., un instrumento para hacer carrera». Y, en su opinión, los partidos eran «facciones, banderías o parcialidades de carácter marcadamente personal, caricaturas de partidos».

En *Oligarquía y caciquismo*, su famosa encuesta en el Ateneo de Madrid, escribirá:

> *... no es nuestra forma de gobierno un* ***régimen parlamentario viciado*** *por corruptelas y abusos, según es uso entender, sino, al contrario, un* ***régimen oligárquico servido****, que no moderado, por instituciones aparentemente parlamentarias. O dicho de otro modo, no es el régimen parlamentario la regla, y excepción de ella los vicios y las corruptelas denunciadas en la prensa y en el Parlamento mismo durante sesenta años: al revés, eso que llamamos desviaciones y corruptelas constituyen el régimen, son la misma regla.*

09 Cultura política

Los amos de Zaragoza

En 1908, en la Zaragoza de los tranvías, de las primeras salas de cine y del Mercado Central, confluyeron dos proyectos conmemorativos distintos, aunque perfectamente interrelacionados y de ninguna manera incompatibles: de un lado, la *Exposición Hispano-Francesa*. Un certamen mercantil e industrial, impulsado por hombres que creían con fervor en la idea de progreso y en Europa. Y de otro, la conmemoración del *Centenario de los Sitios de Zaragoza y de la Guerra de la Independencia*. Una celebración del pasado nacional y aragonés cuya planificación y manifestaciones se adscribieron a una determinada idea de *tradición*, ligada a la religión católica y asociada al discurso conservador de la Historia de España.

Después de haber luchado contra Manuel Camo, el «gran cacique» posibilista de Huesca, Costa se mostró crítico con Paraíso y Jardiel, los nuevos «amos de Zaragoza». Su figura no apareció en el retrato «oficioso» de los personajes más relevantes en el presente ciudadano de la capital de Aragón.

10 Hacer política

Hacer política: «realidades» para España

Desde su época universitaria, Costa sintió dentro de sí la llamada de la política. Durante las siguientes dos décadas, se preparó para la práctica de la acción política (inseparable de la acción social). Al estudiar las instituciones consuetudinarias, reforzó su concepción de la individualidad de los pueblos, la primacía de los organismos intermedios (familia y municipio) sobre el Estado y la importancia del conocimiento del pasado en la solución de las «realidades» del presente. El ingrediente krausista de su pensamiento social le llevó a creer en el orden armónico de una sociedad perfecta representada por el modelo del labrador («jornalero de los campos»). En ese sentido, su krausismo pudo ser un freno de cara a su comprensión de la lucha de clases, de la sociedad de masas y del socialismo.

Desde el corporativismo agrario local, ingresó en el Ruedo Ibérico de la política, poniéndose a la cabeza de la protesta regeneracionista para recalar tardíamente en el republicanismo. No fue un político profesional, ni un dirigente empresarial. Costa fue un intelectual con vocación política frustrada que, a diferencia de otros compañeros como Santiago Alba o Paraíso, nunca sería integrado por el sistema en puestos de responsabilidad institucional. Mientras tanto, en el escenario de la práctica política de la Restauración los partidos dinásticos rivalizaban por hacer suyas las «soluciones» nacidas del *Desastre* y la *regeneración* –incluidas las de Costa–, tanto en la política económica, como en la educativa o en la purificación electoral.

11 Hacer política

Programas para la *regeneración*: las primeras campañas en la Ribagorza, La Litera y el Alto Aragón

Coincidiendo con la «crisis agraria» de los años noventa, Joaquín Costa dio el paso del pensamiento a la acción. Fue un hombre de programas con un reformismo de claro contenido económico. Un regeneracionista cuyas ideas presentan una clara continuidad, si bien fueron sensibles a las distintas coyunturas y a los diferentes marcos de aplicación (comarcal, provincial o nacional).

En mayo de 1891, creó en Graus la Liga de Contribuyentes de la Ribagorza. Y, en septiembre de 1892, fundó en Barbastro la Cámara Agrícola del Alto Aragón con el propósito de «hacer de los agricultores una fuerza política». Su programa profundamente agrarista pretendía presionar al Estado para la realización de una política hidráulica y la construcción de obras (caminos, pantanos y canales de riegos). A finales de octubre, celebró un mitin en Tamarite para promover la realización del Canal de Aragón y Cataluña.

En las elecciones provinciales de 1896 se presentó como candidato independiente por el distrito de Barbastro. Fue derrotado por el cacique local liberal. La experiencia le pusó en contacto con la verdadera realidad del mundo rural caciquil y las prácticas electorales del sistema de la Restauración. Las relaciones con Manuel Camo, jefe del posibilismo provincial que pronto pasó a ser el gran cacique liberal de Huesca, desembocaron en el enfrentamiento directo.

El discurso de Costa se hizo más radical y populista.

12 Hacer política

La Liga, la Unión Nacional y el Partido Republicano: Maura en el punto de mira

Tribuno del pueblo de atronadora voz en mítines y banquetes políticos, en octubre de 1898, Costa habló al país desde las páginas de *El Liberal*. Ante el *Desastre* y la consiguiente «crisis hacendística y monetaria» fue uno de los impulsores del movimiento de protesta popular que encabezaron las Cámaras Agrícolas y de Comercio. Presidente de la Liga Nacional de Productores, su programa lo difunde en la *Revista Nacional* y en *Reconstitución y europeización de España*.

En marzo de 1900, nació la *Unión Nacional* presidida por un directorio formado por Santiago Alba, Basilio Paraíso y Costa. Convertida en un grupo de presión contra los gobiernos de Sagasta más que un partido político, sus estrategias a favor de la politización de la protesta y la toma del poder mediante una revolución, impulsada por el bastión ciudadano de la «masa neutra», fueron rechazadas.

Republicano que vive y piensa como tal desde mucho antes, ingresó en la Unión Republicana de Salmerón en abril de 1903. Elegido diputado por Gerona, Madrid y Zaragoza, no tomó posesión de su acta. En las legislativas de 1905 volvió a presentar su candidatura siendo derrotado por el conservador zaragozano Tomás Castellano. Su discurso *Los siete criterios del gobierno* pronunciado en la Asamblea Municipal Republicana de Zaragoza, en febrero de 1906, está considerado su testamento político.

El 22 de mayo de 1908 salió de su retiro de Graus para informar en el Congreso en contra de la Ley antiterrorista de Maura. Aclamado por miles de madrileños, les habló en la Puerta del Sol invitándoles a hacer la revolución desde la calle, «a tomar posesión de aquella casa del reloj y de las casas grandes de la Corte donde se alojan ilegítimamente los Gobiernos». Fue su despedida viva de la nación y del pueblo que tanto amó como sabio, como político y como hombre: «Me faltan los pulmones y necesito descansar. Gracias, muchas gracias y adiós».

13 Muerte y posteridad

Muerte y posteridad: Memoria e historia de Joaquín Costa

Han transcurrido cien años de la muerte de Joaquín Costa y su figura de autor no ha envejecido. Tras el *réquiem* nacional que acompañó a su fallecimiento, su imagen de intelectual comprometido con la historia y la política del país se ha ido remodelando a golpe de recuerdos, perfiles apresurados, memorias interesadas e interpretaciones de historiadores. Producto de las *razones de los otros*, Costa se ha convertido en un personaje de variadas facetas y semblantes múltiples. Un hombre marcado por el sentido de la conmemoración, diluido en el espacio de lo legendario y las representaciones estándar. Y un escritor fragmentado, a veces impenetrable, cuya obra sigue sin bastarse a sí misma.

14 Muerte y posteridad

La herencia de un hombre: la familia de Joaquín Costa

Joaquín Costa fue un hombre enamoradizo, un escritor de *Diarios* y *Memorias* que, desde el presente de su juventud, pensó y proyectó en el futuro sus expectativas familiares (desde las cualidades que debería tener su mujer, hasta el nombre y profesiones de sus hijos). En la búsqueda ideal, se conocen sus peripecias de enamoramiento con la joven Pilar Puerta, sus ensoñaciones con su prima Salvadora Castán o su pasión imposible por Concepción Casas.

Casi sin esperarlo, a los treinta y siete años de edad, los deseos de Costa de tener una familia se hicieron realidad al nacer, el 2 de enero de 1883, su hija María Pilar (*Antígone*) fruto de su relación con Isabel Palacín Carrasco (*Elisa*). La nieta de ésta, Felicidad Blanc Bergnes, narró el acontecimiento como una bella historia de amor (*Espejo de sombras*).

Costa pasó sus últimos años con su familia de Graus, separado de las dos mujeres de su vida.

María Pilar Costa Palacín se casó con José María Ortega Ballestero, ingeniero que llegó a ser jefe de Obras Públicas en Barcelona. Enviudó a los cuarenta años, con trece hijos. Falleció en Barcelona en 1970.

15 Muerte y posteridad

El triunfo de las ideas

Una tradición venerable distingue entre el sabio y el que sabe muchas cosas. El sabio añade al conocimiento de las cosas un saber de sí mismo y de los demás hombres, y de lo que le interesa al hombre. El sabedor de cosas cumple con comunicar sus conocimientos. El sabio, en cambio, está obligado a más: si cumple su obligación, señala fines.

M. Sacristán